

# Las bibliotecas africanas y el consumo y la producción del saber

*Paul Tiyambe Zeleza*

---

## ¿Una aldea global o un estado feudal?

Según dicen, vivimos en la era de la información, una era en la que, aparentemente, la información es tan importante como lo fueron la agricultura y la industria en su momento. Es una era de infinitas posibilidades para la educación y la escolarización, la enseñanza y la investigación, el crecimiento económico y la libertad política; un mundo feliz bendecido por la familiaridad típica de una aldea, donde desaparecen los límites del aislamiento nacional y el intelectualismo provinciano, a la vez que se expande el saber en su marcha incesante hacia la ilustración de la humanidad. Afirmaciones extravagantes, sin duda. El saber, como credo y como bien, como privilegio patentado, refleja y reproduce las divisiones de poder nuevas y antiguas, espaciales y sociales, materiales e ideológicas, entre sociedades y dentro de ellas mismas. La «autopista de la información» es un lugar peligroso para los que van a pie o en bicicletas destartadas. Está diseñada para y dominada por aquellos que viajan por gentileza de poderosos y prestigiosos sistemas editoriales y de empresas académicas del Norte industrializado, que producen el grueso de los libros, revistas, bases de datos, ordenadores y software y otras tecnologías de la información y dictan leyes sobre la propiedad intelectual y los derechos de autor internacionales al mundo «info-pobre». No es ésta una aldea global armoniosa. Puede que sea un estado feudal, jerárquico y desigual.

¿Cuál es la posición de África en este estado feudal? ¿Qué lugar ocupa dentro de la economía política internacional de la producción, distribución y consumo del saber? Para responder a estas preguntas debemos evaluar el desarrollo y el estado actual de las infraestructuras básicas del continente para la creación y distribución del saber: concretamente, la disponibilidad de editoriales, pericia técnica, imprentas, tecnologías electrónicas, bibliotecas y escritores competentes. Sin embargo, no basta con lamentarse de las diferencias regionales y sociales de acceso a la información o con describir las pautas desiguales de infraestructura, alcance y adquisición de la información. Tenemos que aclarar el contenido, el valor, de la información. ¿Qué bien social ha generado? ¿Hasta qué punto ha llevado la explosión de la información a unas relaciones humanas, intra e internacionales, más cultivadas? ¿Es posible que toda la velocidad, el ruido y la furia de la «autopista de la información» no esté llevando a ningún sitio y sólo esté causando confusión y un exceso de datos? En otras palabras, debemos cuestionar la ética de la información, la moralidad social y política de la creación, el consumo y el contenido del saber y evaluar sus logros en la mejora de la condición humana, no sólo materialmente sino también a la hora de ennoblecer las relaciones sociales y elevar el espíritu humano.

Estos son los temas que se discuten en este artículo(1). La primera parte ofrece una perspectiva general de los desafíos a los que se enfrentan las bibliotecas académicas y de investigación africanas, centros vitales para el consumo y la producción del saber; y examina las soluciones «parche» que se han probado, que sólo refuerzan la dependencia externa del continente<sup>2</sup>. La segunda parte sostiene que la difícil situación de las bibliotecas de investigación africanas y la actual crisis de la comunicación académica no se pueden abordar si no se desarrollan y mejoran las publicaciones académicas y la capacidad de producción de

información locales, de manera que se asegure una difusión del saber que refleje mejor las realidades africanas. Pero debemos evitar el riesgo de idealizar el saber indígena o de convertir las bibliotecas en un fetiche, ya que esto no garantiza ni la accesibilidad ni el conocimiento. Por lo tanto, en última instancia, los retos de producir y difundir el saber y la información se centran en cuestiones de democratización cultural y de responsabilidad social. Estos no son problemas típicamente africanos. Son problemas universales.

### **La lucha por los estantes para libros**

Las bibliotecas africanas están profundamente marcadas por el dominio colonial, incluso en aquellas regiones con una larga tradición de alfabetismo y de bibliotecas, como el Norte de África, Etiopía y partes del África Oriental y occidental, en parte porque casi todo el continente (incluyendo Etiopía entre 1935 y 1941) estuvo bajo dominio colonial. Después de la independencia –un periodo que vivió la expansión más rápida de las bibliotecas de la historia del continente– las tradiciones coloniales se vieron reforzadas por un ansia de modernización, que se relacionaba con una necesidad análoga de occidentalización. Las bibliotecas africanas, a la ligera, imitaron la arquitectura, las colecciones, los sistemas bibliográficos y de clasificación y las estructuras de formación y de personal del Norte, sin adecuarlo a la pobreza y al analfabetismo existentes o a la riqueza de la cultura oral y la enorme sed de educación.

Las bibliotecas académicas y de investigación fueron las que menos echaron raíces, igual que las universidades, cuyo linaje institucional y lealtad intelectual seguían en el extranjero. Todo iba bien en los emocionantes primeros años de independencia, cuando los buenos precios de los productos y el rápido crecimiento de las economías africanas mantenían vivas las esperanzas de modernización. A pesar de la incipiente ansia nacionalista de descolonización cultural, la dependencia de información aumentó y se intensificó. Luego, desde mediados de los años setenta, muchos países africanos cayeron en una espiral de recesiones recurrentes, que derrumbaron las ambiciones de desarrollo y dejaron a su paso un rastro de deterioro económico, trastornos sociales y desafección política –problemas que fueron exacerbados por los desastrosos programas de «desajuste» estructural–. Las bibliotecas se vaciaron. El «hambre de libros» se unió a la letanía de hambrunas africanas relacionadas con el desarrollo, la democracia y la autodeterminación.

### ***El impacto del ajuste estructural***

El sistema preponderante de bibliotecas y de información sufría una crisis de autorreproducción y de relevancia. Un sondeo de 31 bibliotecas universitarias y de investigación en 13 países africanos, llevado a cabo por la *American Association for the Advancement of Science*\* (AAAS) en 1993, lo confirma ampliamente. Desde mediados de los ochenta, el número de suscripciones a revistas cayó drásticamente en todas, excepto tres, de las bibliotecas encuestadas. Entre las más afectadas se encontraban las bibliotecas de la Universidad de Addis Abeba y de la Universidad de Nigeria y la biblioteca de Medicina de la Universidad de Yaoundé, que a finales de los años ochenta y a principios de los noventa cancelaron 1.200, 824 y 107 suscripciones a revistas, respectivamente, por falta de divisas (Levey, 1993: 2-3). La devaluación de la moneda, uno de los ejes de los programas de ajuste estructural, también ha hecho descender el poder adquisitivo de las bibliotecas. Como dijo un bibliotecario de la Universidad Abubakar Tafawa en 1993: «con el tipo de cambio actual, de 25 naira el dólar, tengo unos 229.000 dólares para comprar libros. Hace diez años, hubiera

tenido dólares de sobra ya que, a 1.5 dólares por cada *naira*, la misma cantidad de *naira* equivaldría a más de ocho millones de dólares» (*ibid.*, 9). Las fluctuaciones impredecibles de la moneda, al causar gastos mayores e imprevistos, agravaban la situación.

La combinación de devaluaciones y fluctuaciones de la moneda, junto con la escalada de precios de las revistas y de los libros, fue una mezcla letal. Hoy día, es común encontrar suscripciones anuales a revistas que valen 1.000 dólares, sobre todo en el campo científico. Un estudio calcula que, entre 1986 y 1994, los costes de las publicaciones periódicas en América del Norte, de donde importan muchos materiales las bibliotecas de investigación africanas, aumentaron en un 115% y los costes de las monografías ascendieron un 55%. Como resultado, las compras de publicaciones periódicas de los miembros de la Asociación de Bibliotecas de Investigación con base en los Estados Unidos, descendieron en un 4% y las compras de monografías, en un 22% (Birenbaum, 1995). Si las bibliotecas de investigación del Norte ya acusaron un resfriado, las africanas contrajeron una neumonía. El caso de la biblioteca de la Universidad de Ibadan es muy típico. Su número de suscripciones cayó en picado, de más de 6.000 revistas en 1983 a menos de una décima parte de las mismas una década más tarde (Levey, 1993: 3).

Las tres bibliotecas afortunadas que registraron aumentos en el número de suscripciones – la biblioteca de Medicina de la Universidad de Nairobi, el Centro Matemático Nacional de Nigeria y la Universidad Abubakar Tafawa Balewa– no estaban suscritas a más de 200 revistas cada una. Efectivamente, sólo siete bibliotecas del sondeo del AAAS pagaban más de 200 suscripciones a revistas con financiación interna. Sólo tres de ellas, encabezadas por la biblioteca de la Universidad de Zimbabue, con un total de 1.578 suscripciones pagadas con el presupuesto de la biblioteca, podían alardear de tener más de 500 suscripciones. Pero incluso la Universidad de Zimbabue vio como se reducían las divisas que le correspondían del 65% de los fondos pedidos en 1989 a menos del 40% en 1991 (Levey, 1993: 4-5).

Los mal aconsejados impuestos gubernamentales sobre las importaciones de libros y de revistas(3) agravaron las pésimas condiciones financieras en las que se encontraban las bibliotecas. Los trámites burocráticos con frecuencia empeoraban las cosas: conseguir que los libros importados pasaran la aduana podía tardar semanas, incluso meses.

Las universidades también tienen parte de culpa. Sus pautas de gasto suelen favorecer los salarios y los privilegios de la élite administrativa, con sus flotas de coches oficiales, viviendas subvencionadas y numerosas gratificaciones: prácticas demasiado indulgentes que recuerdan a las de la corrupta clase política. Y de este modo, las universidades buscan reproducirse, no como torres de marfil intelectuales, ni como propulsoras del progreso sino como parte inerte del aparato estatal, una misión que deja poco espacio para el compromiso serio con la comunicación académica y la pedagogía crítica.

### ***Los dudosos beneficios de la ayuda a las bibliotecas***

Una reacción ha sido la creciente dependencia de las donaciones de libros y revistas de organizaciones benéficas y de Gobiernos extranjeros y sus organismos de ayuda. El sondeo del AAAS reveló que, en 1993, sólo cinco de las bibliotecas suscritas a revistas pagaban sus compras exclusivamente con financiación propia. El resto dependía, en diferentes grados, del apoyo de los donantes. Cinco dependían de ellos al 100%, y otras cinco, más de un 80%. Cuatro no tenían ni el apoyo de donantes ni financiación propia. «Por lo tanto», según el

informe del AAAS, «sin financiación externa, muchas bibliotecas tendrían pocas revistas de actualidad en sus estanterías». Pero también señala, acertadamente, que «el apoyo de los donantes plantea dilemas que giran en torno al temido concepto de la “sostenibilidad”» (Levey, 1993: 19). Los donantes no financian proyectos indefinidamente y esto hace que sea difícil llevar a cabo un programa racional de compra de revistas. Por ejemplo, la biblioteca de la Universidad de Makerere redujo sus suscripciones de 700 a 200 cuando las ayudas del *Overseas Development Agency\** (ODA) y de la Comunidad Europea llegaron a su fin en 1991.

Otro problema es que la ayuda para las bibliotecas, como el resto de la ayuda, está condicionada. Según Clow (1986: 87), «las presentaciones de libros suelen restringirse a obras publicadas en el país donante... la formación suele implicar la participación de profesores del país donante; si se concede una beca, el alumno suele irse al país donante y gastar la mayor parte de su dinero allí». Las bibliotecas africanas rara vez escogen las revistas y los libros que reciben de los donantes<sup>4</sup>. Como es de esperar, la mayor parte de las revistas donadas son norteamericanas y europeas, no africanas<sup>(5)</sup>. En resumen, la ayuda para las bibliotecas tiende a afianzar la dependencia africana de los valores, las lenguas, el discurso y las instituciones occidentales. Reacios a morder la mano que les alimenta, muchos bibliotecarios guardan silencio, incluso cuando las donaciones son irrelevantes e inadecuadas. Con ello, la cultura del silencio y de la sumisión al imperialismo, que además es en parte responsable de la crisis africana, se agudiza. Y así, dócilmente, reciben y llenan sus estanterías de materiales de propaganda de las embajadas, miscelánea desechada de bibliotecas occidentales, textos antiguos y mugrientos y sobras de los editores, o se deshacen de ello sin decir nada. Al llenar las estanterías vacías de las bibliotecas africanas, los filántropos bienintencionados, pero muchas veces equivocados, hacen alarde de su altruismo; los editores testarudos pueden deshacerse de los tomos que no han podido vender y así ahorrarse los gastos de almacenaje y conseguir una bienvenida desgravación fiscal.

Desde los años setenta, los donantes y organismos internacionales, sobre todo la UNESCO, han producido una serie de programas de formación y de desarrollo de la información. Pero, según Sturges y Neill (1990:97), muchos de éstos «no consiguieron resultados que se correspondieran con la atención que los profesionales de la información les habían prestado». Atribuyen el fracaso de los programas nacionales de bibliotecas y de desarrollo de la información de la UNESCO a suposiciones erróneas, una planificación inadecuada y un diseño flojo, problemas con frecuencia exacerbados por la falta de apoyo estatal, la escasa infraestructura y una excesiva repetición y rivalidad entre los mismos donantes. Retos similares han obstaculizado los esfuerzos de organizaciones con base en África por desarrollar sistemas regionales de información. El más conocido es el *Pan-African Documentation and Information System (PADIS\*)*, que empezó en 1980 y está administrado por la *Economic Comission for Africa\*\* (ECA)*. Sus objetivos generales son ayudar a los países africanos a reforzar sus propios sistemas internos de información y crear una red descentralizada de información para el continente. Aunque PADIS ha progresado bastante y publica índices bibliográficos útiles, sobre todo en materia de desarrollo, está claro que ha conseguido mucho menos en sus primeros diez años de vida de lo que prometía la inversión de 160 millones de dólares, en parte debido al énfasis erróneo puesto en tecnologías de la información costosas en países con una infraestructura de telecomunicaciones muy básica.

### ***El papel de las tecnologías de la información***

No pretendo insinuar que no deban adquirirse las últimas tecnologías de la información, porque no hacerlo sólo agrava la marginación de África. Simplemente, quiero señalar que el desarrollo de las infraestructuras básicas es crucial y que las tecnologías avanzadas, por sí solas, no ofrecen una solución mágica a los retos de difusión de información y de comunicación académica a los que se enfrenta África. Muchas bibliotecas de investigación africanas, normalmente con el apoyo de donantes, están invirtiendo mucho en capacidad informática, CD-ROM y redes electrónicas (*AAS* y *AAAS*, 1992). Según sus defensores, el CD-ROM es una tecnología milagrosa apropiada para todo el mundo: no sólo puede almacenar grandes cantidades de datos, sino que es duradero, su envío es barato, no requiere manipulación especial, ni espacio de almacenamiento, ni instalaciones de telecomunicaciones y puede soportar climas extremos, cortes de electricidad y los estragos causados por insectos y por hongos. Todavía no hay acuerdo sobre las posibilidades que ofrecen las tecnologías avanzadas para la liberación y la represión (Kagan, 1992; Buschman, 1992). Lancaster (1978) instó a los países en desarrollo a hacerse con las nuevas tecnologías, dar un salto hacia las bibliotecas electrónicas, dejando atrás los libros. Sus críticos mantienen que los servicios de información electrónica en África sólo benefician a una pequeña, y ya muy privilegiada, élite. Afirman que los bibliotecarios africanos deberían concentrarse en ayudar a la mayoría analfabeta a aprender a leer y a escribir (Mchombu, 1982; Olden, 1987; IFLA, 1995). Otros están a favor de un enfoque integrado que combine una mejor difusión de la información tanto entre los pobres como entre los ricos (Tiamiyu, 1989; Sturges y Neill, 1990).

El informe de 1993 del *AAAS* reveló que todas, menos cinco, de las 31 bibliotecas sondeadas tenían ordenadores, casi la mitad de ellos comprados localmente, y la mayoría comprados gracias a la ayuda de los donantes. Diecinueve bibliotecas tenían equipos de CD-ROM y dos esperaban comprarlos a finales de 1993. Los bibliotecarios africanos hace tiempo que están ansiosos por adquirir tecnología de CD-ROM «por miedo a quedarse rezagados», como dice John Newa (1993: 82), el director de los Servicios Bibliotecarios de la Universidad de Dar es Salaam. En un taller sobre nuevas tecnologías celebrado en Harare en 1993, dirigido a bibliotecarios de 17 bibliotecas de 11 países del África meridional y oriental (entre ellos, Sudáfrica), 16 de las cuales estaban equipadas con CD-ROM, hubo un acuerdo generalizado sobre la importancia de esta tecnología, a pesar de ciertas deficiencias detectadas. Con pocas excepciones, las bibliotecas dijeron que hacían un gran uso de las instalaciones de CD-ROM. La biblioteca de Medicina de la Universidad de Zambia incluso se vio forzada a racionar el tiempo de uso a 30 minutos por persona. La mayor parte de las bibliotecas del informe de la *AAAS* estaban suscritas a bases de datos de agricultura y de medicina, principalmente por interés de los donantes, que financian suscripciones sobre todo en estos campos. La excepción más destacada fue la biblioteca de Cheikh Anta Diop, que tenía un importante número de bases de datos de CD-ROM de ciencias sociales (Levey, 1993: 13-16).

La tecnología informática y de CD-ROM ha reavivado las deterioradas bibliotecas de investigación africanas, aunque plantea nuevos problemas y refuerza algunos de los antiguos. La falta de pericia técnica de los bibliotecarios a nivel local, con frecuencia conduce a una mala elección del producto y a dificultades de instalación y de mantenimiento. Por ejemplo, un estudio informa de que «el bibliotecario de la facultad de Medicina de la Universidad de Ghana no tenía a quién consultar cuando tenía problemas con la instalación de su disco de CD-ROM, ya que su biblioteca era la primera del país en tener CD-ROM. Al final llamó a Nueva York para recibir instrucciones por teléfono» (Levey, 1991: 12). Pero los consejos a larga distancia pueden ser caros e inadecuados, como descubrió el bibliotecario de la facultad de Medicina de la Universidad de Zimbabue después de comprar un disco compacto

incompatible «basándose en los consejos de unos vendedores de software en Nueva York» (Levey, 1991: 12).

Claro está, estas tecnologías no son baratas, con lo cual la cuestión de la financiación sigue siendo relevante. Aparte de los costes puntuales de la compra de equipos, que aumentan cada vez que se devalúa la moneda local, existe el alto coste recurrente de las suscripciones a bases de datos. Los costes de formación también pueden ser elevados y recurrentes, sobre todo si se tiene en cuenta que la tecnología se desarrolla y cambia muy rápidamente. Es importante presupuestar el pago de las suscripciones a CD-ROM a largo plazo, porque a los suscriptores sólo se les permite usar las bases de datos mientras dura la suscripción y se les puede pedir que devuelvan los discos una vez ésta caduque –a diferencia de las revistas–, que el bibliotecario guarda aunque se haya acabado la suscripción (Levey, 1992). Según se informa, y no es sorprendente, hay una serie de bibliotecas con equipos CD-ROM que no los utilizan porque no tienen fondos para pagar las suscripciones. De las 16 bibliotecas con CD-ROM encuestadas por el *AAAS* en 1991, sólo cuatro indicaron que disponían de financiación para suscripciones futuras. Tampoco las búsquedas bibliográficas garantizan que el usuario tenga acceso a los documentos identificados. Dado que las publicaciones periódicas de muchas bibliotecas africanas de investigación son inadecuadas, las bases de datos bibliográficas que no contengan extractos o resúmenes son prácticamente inútiles (Patrikios, 1992. 30-7). Pocos donantes incluyen la entrega de documentos como parte integral de sus ayudas a las suscripciones a bases de datos, y proporcionar fotocopias procedentes de Europa y Estados Unidos, como se hace a veces, es caro y engorroso. Las barreras a la entrega de documentos quizá se reduzcan a medida que los textos íntegros se publiquen rutinariamente en forma electrónica además de imprimirse sobre papel.

### **La lucha por el saber**

Los bibliotecarios africanos son plenamente conscientes de estos problemas y muchos se dan cuenta de la importancia de la cooperación nacional y regional, aunque las declaraciones de intenciones tienden a predominar por encima de las acciones concretas(6). Pero aunque se resolviera la cuestión del acceso a citas y a documentos, la base de conocimientos de África no mejoraría necesariamente porque estas bases de datos –como el grueso de las revistas y libros importados por la mayor parte de las bibliotecas del continente– contienen principalmente material académico del Norte. Aunque se estén haciendo esfuerzos por crear bases de datos locales(7) los costes de producción de bases de datos de CD-ROM todavía son prohibitivos para cualquier editorial africana con aspiraciones. Además, los editores tendrían que desarrollar redes académicas, de marketing y de apoyo extensivas. Los editores de bases de datos del Norte aún no están dispuestos a incorporar referencias bibliográficas del Sur o son incapaces de hacerlo. A mediados de los años ochenta, se calcula que había unas 700 bases de datos de importancia para África ubicadas fuera del continente; esta cifra seguramente haya aumentado con la expansión de las comunicaciones electrónicas que ha tenido lugar desde entonces (Seeley, 1986). Estas bases de datos no sólo son de difícil acceso dentro de África sino que, además, contienen muy pocas publicaciones de investigación africanas. Por ejemplo, hasta marzo de 1986, menos del 1% de las 36.000 entradas sobre África de la base de datos FRANCIS, producida por el *Centre National de la Recherche Scientifique* francés y que contiene un total de un millón de entradas, se había publicado en África (Sturges and Neill, 1990: 64-5). Incluso la mejor base de datos de este tipo, el *Agricultural Information System*\* (*AGRIS*) de la FAO, sólo contiene un 25% de entradas de los países en desarrollo.

## ***La necesidad de recuperar los estudios africanos***

La marginación del saber africano es evidente incluso en las redes de comunicación académica que se consideren africanistas. El sistema intelectual africanista, supervisado por guardianes ubicados en universidades dotadas de fondos, firmemente arraigado a un orden epistemológico occidental y a una cultura académica guiada por la ética implacable de «publica o perece», y que consiste en editoriales, imprentas universitarias, revistas, redes de críticas académicas, convenciones bibliográficas y de citas, deja poco espacio para los puntos de vista, las voces y las visiones ajenas que emanan de África. En esta rutina académica, África aparece como poco más que un objeto de investigación para verificar teorías que se pasan de moda rápidamente y que surgen con una regularidad predecible en el intelectualismo *channel-surfing* de las academias del Norte. Un estudio sobre cinco revistas africanistas pioneras en ciencias sociales y humanidades publicadas en Gran Bretaña, Canadá y los Estados Unidos mostraron que, entre 1982 y 1992, sólo el 15% de sus artículos y el 10% de sus reseñas de libros estaban escritas por africanos con base en África. Los autores africanos con base en Occidente habían escrito el 9% de los artículos y el 5% de las reseñas (Zezeza, en preparación).

Un análisis detallado del contenido de las publicaciones africanistas sería revelador. ¿Hasta qué punto tratan temas que abarcan las realidades y prioridades de las comunidades estudiadas y los verdaderos intereses de investigación de los académicos de esas comunidades, y hasta qué punto siguen las orientaciones de investigación dictadas por el síndrome de la consultoría o por cálculos ambiciosos, en un contexto en el que publicar en los medios académicos occidentales tiene más prestigio que publicar dentro de África? Hay pruebas que sugieren que las agendas de las comunidades de investigación africanas y africanistas han tomado rumbos diferentes con el tiempo –una tendencia que puede atribuirse al cambio en las condiciones de los estudios africanos en el Norte y de la empresa académica en África–. Por un lado, los académicos africanistas pasan menos tiempo en África que antes, ya sea investigando o enseñando; en parte, debido a dificultades de financiación, la reducción de sus salarios en las universidades africanas y menores oportunidades docentes como resultado de la exitosa africanización de las facultades. Por otro lado, la proporción de alumnos africanos estudiando cursos de posgrado en el Norte, sobre todo en el campo de las ciencias sociales y en el de las humanidades, también ha disminuido debido a una necesidad decreciente, a la falta de recursos financieros, a la falta de atractivo de las carreras académicas y a las crecientes restricciones a la inmigración. Los contactos son particularmente malos para los que Mkandawire (1995) denomina como «tercera generación» de académicos africanos, un punto del que se hizo eco Guyer (1995) al referirse a la última tanda de norteamericanos africanistas que está surgiendo.

Mkandawire, secretario ejecutivo de CODESRIA y observador perspicaz de las dos comunidades académicas, ha observado, por ejemplo (1995: 4), que en los años ochenta, mientras muchos africanistas se unieron a la moda de aplaudir o de lamentarse de la «salida» de los campesinos y de otras clases sociales explotadas de las esferas dominadas por el estado autoritario poscolonial, «los científicos sociales africanos se movían en una dirección diferente, prestándole más atención al estudio de los movimientos sociales y de la democracia». Actualmente, el posmodernismo está hechizando a muchos miembros de la fraternidad africanista y algunos están disfrazando ansiosamente sus enmohecidos datos sobre África con su fragancia efímera, olvidando las proclamas que hicieron en los años sesenta de que África se estaba modernizando; en los años setenta, de que se estaba subdesarrollando, y

más tarde de que se estaban articulando los modos de producción. Después de dormir durante la década perdida de los ochenta, África despertó de algún modo en los años noventa y se encontró en un universo posmodernista —o se supone que así fue (Parpart, 1195)—. Para muchos académicos africanos que viven en el continente, este tipo de preocupaciones arcanas son el punto más bajo del solipsismo intelectual y de la decadencia. Según Aina (1995: 2), la crisis de los estudios africanos en América del Norte y Europa está creando:

Un proceso de reproducción intelectual sobre África caracterizado por la esterilidad, el uso de información y de datos caducados, las observaciones casuales y ad hoc, los insultos y, a veces, la especulación descontrolada. Nuestro argumento aquí es que para tener una comprensión actualizada, realista, correcta y adecuada de África, la fuente más apropiada y relevante, en cuanto a experiencia investigadora y reflexión, es el trabajo de los académicos que emana del continente o que sigue estando directamente vinculado a éste; ninguna conceptualización o discurso posmodernista, posindustrialista, posmarxista o «posnativista» puede quitarle pertinencia, inmediatez e importancia a esta fuente y expresión viva y retadora.

La conclusión ineludible es que importar el saber del extranjero no es una panacea. Y el hecho de que África dependa de fuentes externas para obtener el saber sobre sí misma es una farsa cultural y económica de enormes proporciones. Por utilizar una frase del paradigma del subdesarrollo, las bibliotecas africanas pueden crecer comprando o recibiendo donaciones de toneladas de revistas y libros, y pueden adquirir las últimas tecnologías de la información y las mayores bases de datos; pero todo ello será sin desarrollarse, sin expandir y fortalecer la capacidad del continente para crear saber, generar información y recolectar datos de una forma auténtica y sostenible. En muchas ocasiones, el saber que se produce sobre África en otros lugares está distorsionado o es irrelevante, e importar bases de datos o recibir donaciones sirve para afianzar los lazos de dependencia intelectual. Sturges y Neill (1990: 79), irreverentemente, sugieren que «muchas de las donaciones que llegan serían mucho más útiles si se pudieran volver a convertir en masa de papel. Esto al menos proporcionaría papel nuevo, un recurso básico que África necesita con más urgencia que los libros desechados de otros países».

El verdadero reto, entonces, no es llenar las estanterías vacías de las bibliotecas y adquirir aparatos para recuperar la información más rápidamente, sino producir el saber en sí; para que África pueda estudiarse, leerse y conocerse a sí misma, para que se defina a sí misma y al resto del mundo, y para que vea ese mundo a través de sus propios ojos y no a través de las lentes distorsionadas de los demás. No hay nada que pueda sustituir un sistema intelectual fuerte del que publicar es parte integral. Como he señalado en otros artículos (Zezeza, 1994: 238):

Sólo desarrollando y manteniendo puntos de venta de nuestras propias casas editoriales, podrán emerger tradiciones intelectuales verdaderamente africanas y comunidades capaces de dirigir y controlar el estudio de África, de definir los problemas africanos y sus soluciones, realidades y aspiraciones, de evaluar nuestros éxitos y nuestros fracasos, nuestro pasado y nuestro futuro y de vernos a nosotros mismos a través de nuestra propia imagen y no a través de las distorsiones y fantasías de los demás. El publicar no sólo es crucial para las identidades culturales de naciones, pueblos, clases y grupos. Además, proporciona la base material para producir, codificar, poner en circulación y consumir ideas que, a su vez, dan forma a la organización de las actividades productivas y de las relaciones sociales.



### ***Publicar en África: limitaciones y oportunidades***

Los retos de publicar en África y en otras regiones del Tercer Mundo son bien conocidos. Entre ellos están la mala infraestructura (sobre todo la escasez de editores, diseñadores y expertos en distribución competentes y la falta de provisiones disponibles y baratas de papel y de equipos de impresión), además de las bajas tasas de alfabetización, los problemas de idioma y unos ingresos y un poder adquisitivo exigüos –problemas que se han visto aumentados por las recesiones recurrentes–. La promoción y el marketing, dentro del país y en el extranjero, siguen suponiendo serios obstáculos para muchos editores africanos (Zell, 1995: 16-18). Por ejemplo, Nyariki y Makotsi (1995:11) encontraron que las actividades de promoción y marketing llevadas a cabo por muchas editoriales kenianas eran ineficaces y poco profesionales porque carecían de empleados formados. Además, la extendida intolerancia y censura de los Gobiernos empeoran las cosas en muchos países. La existencia de comunidades académicas relativamente pequeñas y frágiles tampoco es de ayuda, especialmente para las publicaciones académicas. Y los editores nacionales poco capitalizados con frecuencia tienen que competir con grandes compañías multinacionales y con editoriales estatales fuertemente subvencionadas(8).

Estas limitaciones son reales y graves, pero no son insuperables. Las tasas de alfabetización han aumentado considerablemente en muchos países y, a medida que hay más pruebas de que muchos africanos leen por placer, «el conocido mito de que la mente africana está orientada a la cultura oral y que, por lo tanto, los africanos no leen» cada vez tiene menos sentido: Nyariki y Makotsi (1995: 11) demuestran que «una mayoría del 39% de consumidores compran libros por amor a la lectura». También demuestran que, entre 1974 y 1994, el número de editores indígenas en Kenia se duplicó hasta llegar a 72 y que las editoriales locales producían el 60% de los libros del mercado local. Hans Zell (1993: 373), un observador veterano del mundo editorial africano, confirma estas tendencias y afirma que «a pesar del panorama general sombrío... siguen brotando nuevas editoriales indígenas como hongos por toda África y algunas empresas privadas han demostrado tener una imaginativa capacidad empresarial en condiciones adversas». La creación en 1989 del *African Books Collective (ABC\*)* por editores africanos para emprender la promoción y distribución conjunta de libros africanos fuera del continente y la creación de la *African Publishers Network (APNET\*\*)* en 1992 para fomentar la publicación y el comercio de libros dentro de África, pone de relieve la determinación de los editores africanos por salir adelante(9).

Las bibliotecas deben hacer su papel. Son la columna vertebral de la publicación académica. En muchas partes del mundo, incluidos los países industrializados, las bibliotecas representan el mayor mercado para productos académicos. De hecho, en Estados Unidos, aunque existe un amplio profesorado y los salarios académicos son relativamente elevados, son las compras que realizan las bibliotecas, y no las suscripciones individuales, las que mantienen a las revistas. A menudo, las bibliotecas generan hasta el 90% o más de los ingresos de las revistas, sobre todo en el campo médico y científico. Habiéndose provisto durante tanto tiempo de importaciones y de donaciones de materiales y de tecnologías de la información occidentales, las bibliotecas africanas no siempre se han atrevido a comprar publicaciones locales. Por su parte, los editores educados en el monopolizado mercado de los libros de texto escolares no siempre son lo suficientemente agresivos a la hora de promocionar sus productos. En el taller de Harare mencionado anteriormente, editores y bibliotecarios se llamaron la atención mutuamente (Patrikios and Levey, 1993: 3):

Varios editores afirmaron que en las bibliotecas hay poca presencia de editoriales africanas porque los bibliotecarios se resisten a encargarles sus materiales y prefieren comprar libros de Inglaterra o de Estados Unidos. Nana Tau (la bibliotecaria de la Universidad de Fort Hare) les respondió contando su experiencia al intentar obtener información sobre editoriales africanas a fin de hacer un pedido para su biblioteca. La falta de respuesta de los editores africanos, a los que escribió para pedirles sus catálogos, la obligó a hacer el pedido en el extranjero.

En otra ocasión, el bibliotecario de la Universidad de Makerere señaló que «es posible que el personal docente, que recomienda los títulos a los que se suscribe la biblioteca, no conozca la mayor parte de revistas africanas» (citado en Levey, 1993: 11). Desgraciadamente, es posible que tuviera razón. Es un hecho muy triste que, en muchas universidades africanas, el proceso de contratación y de promoción del personal docente y la asignación de becas para la investigación estén estrechamente vinculados a las estructuras de legitimación del mundo académico occidental. El hecho de estar familiarizado con las pasajeras modas intelectuales de Occidente y de publicar en los restringidos medios académicos occidentales confiere, a unos pocos afortunados, una valiosa reputación que pueden intercambiar por consultas lucrativas y por cátedras y conferencias en el extranjero. Así, las revistas locales se consideran publicaciones de último recurso, depósitos de erudición de segunda categoría. Esto tiene que cambiar. Los intelectuales africanos tienen que liberarse de los complejos de inferioridad acerca de su trabajo, publicando, sin disculparse, en revistas que controlen ellos mismos, leyéndose y citándose entre sí y demostrando una mayor fe en su propia comprensión de sus complejas y cambiantes sociedades –nadie va a hacerlo por ellos–. No pueden seguir siendo invitados inoportunos en las reuniones intelectuales de los demás. A través de sus estructuras de recompensas, sus instalaciones y sus valores y actitudes, las universidades deberían ser las mayores fuentes de producción intelectual y los mayores mercados para los productos académicos. En el caso de las comunidades académicas pequeñas, deberían fomentarse actividades de colaboración en el ámbito de la publicación de revistas regionales. El objetivo siempre debe ser promover los más altos estándares de investigación y de intercambio académico, recuperar la posesión del estudio de África, definir las realidades africanas y entender y apreciar el mundo africano con toda la intensidad, inteligencia e integridad que se merece.

## **Conclusión**

La producción y distribución del saber académico y de la información es una gran empresa comercial y tecnológica en la que participan editores, bibliotecarios, instituciones educativas y compañías de comunicaciones, vinculados por complicadas redes que requieren recursos astronómicos. La noticia de que hemos entrado en una edad posmaterial, en la que las palabras importan más que los bienes, es exagerada; sin embargo, la importancia de las tecnologías de la información en el proceso del desarrollo es innegable. Pero ¿qué tipo de información, quién la produce y a quién va destinada?

Uno de los factores detrás de la explosión informática en los países occidentales, sobre todo en América del Norte, es la presión por publicar y la importancia de las publicaciones y citas en el mundo académico. Las publicaciones se han convertido en mecanismos para proteger la contratación, la promoción, los contratos indefinidos y la asignación de becas. El sistema recompensa a los que generan grandes cantidades de textos académicos, por insignificante

que sea su aportación intelectual. Ciertamente, se producen pilas de papeles para ponerlos en listas e índices, más que para leerlos. Y de este modo, el volumen de información académica se duplica cada siete años. Hace una década y media se duplicaba cada 15 años (Birenbaum, 1995). La información se convierte en un bien absoluto, en un fin en sí mismo, un dios intolerante e insaciable que arroja datos sin cesar, «hiper datos» que requieren bases de datos más potentes para estar al corriente de las bases de datos existentes (Roszak, 1993: 4). Entretanto, el saber se convierte en algo secundario, en un atavismo olvidado. A medida que aumenta la superabundancia de información, hay más presión por el exceso de especialización. Mientras los sumos sacerdotes de la era de la Información rezan en el altar de las citaciones y salmodian «jergas de una repelencia casi inimaginable... la sociedad en general deambula sin dirección ni coherencia. El racismo, la pobreza, los estragos ecológicos, las enfermedades y una ignorancia terriblemente extendida: estos aspectos se dejan en manos de los medios de comunicación y de algún que otro político en período de campaña electoral» (Said, 1993: 303).

Por lo tanto, bajo la aparente munificencia del mundo académico occidental, detrás de las montañas de información que aumentan vertiginosamente, yace un alejamiento de la interconexión humana y de la conversación social significativa; hay una enorme alienación de la gravedad de la existencia humana y de la historia. Parece que reina una fascinación casi infantil por lo innato y lo cuantificable, y no por la poesía de la vida y de las palabras. La disponibilidad de más información no garantiza, por sí sola, una sociedad mejor. Como nos recuerda Olden (1987: 301):

La disponibilidad de información no significa que se pueda hacer uso, o que se haga uso de ella; no significa que los que la utilizan sean capaces o estén dispuestos a aprender de ella; o que lo que aprenden se utilice en beneficio de los demás. En conjunto, las bibliotecas de Estados Unidos albergan lo que seguramente es la colección más completa de información escrita y de saber sobre los demás países del mundo. El aumento del tamaño de su colección desde la Segunda Guerra Mundial ¿ha ido acompañado por un incremento de mejores decisiones en política exterior tomadas por las administraciones durante este período?

Y uno podría añadir: ¿están mucho mejor informados los norteamericanos sobre el resto del mundo que los demás? Efectivamente, el incremento de la información ¿les ha ayudado a trascender significativamente sus propias divisiones de raza, identidad étnica, clase y género? ¿Lo hará el acceso generalizado a Internet y a un universo de 500 canales de televisión? ¿O esto simplemente traerá consigo más fragmentación y un mayor descenso en el abismo de la banalidad cultural, tan evidente en la televisión popular norteamericana de hoy día?

¿Qué significan, en pocas palabras, las expresiones «inforrico» e «infopobre», que circulan sin la debida atención, en términos del contenido de las relaciones humanas y de la calidad de la vida social, tal y como se plasman en la producción y consumo de información? Ciertamente, África necesita producir más información; sus instituciones académicas necesitan reorganizarse para incentivar y recompensar la producción y productividad académica; y sus bibliotecas deben recoger esta información y hacerla más accesible dentro y fuera del continente. Pero los procesos de producción, compra, recuperación y alcance no pueden ser fines en sí mismos, si quieren evitarse los problemas de sobreproducción y de sobrecarga de información en los que está sumido el mundo occidental. África, verdaderamente, debe recuperar la posesión de la palabra. Pero ¿la palabra de quién y con qué fin último? Debe ser para elevar, y no para degradar, nuestra humanidad.

## Notas

1 Ésta es una versión revisada del artículo presentado originalmente en la Feria Internacional del Libro y la Conferencia de Bibliotecas, Göteborg, Suecia, 26-29 de octubre de 1995. Agradezco los comentarios de Al Kagan (bibliotecaria de Africana, Universidad de Illinois en Urbana-Champaign), el Dr. John Newa (Biblioteca de la Universidad de Dar es Salaam), Karin von Schlesbrügge de la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional y la asistencia de Tunde Brimah durante la investigación.

2 Este artículo no trata las cuestiones más amplias de la creación del saber y de la provisión de información a las clases populares en las áreas rurales o urbanas. Para un estudio detallado de la provisión de información a comunidades rurales africanas, léase IFLA (1995).

3 Un ejemplo interesante es el de Costa de Marfil, donde se privatizó el Ministerio de Telecomunicaciones y Correos. La AAAS dejó de enviar revistas gratuitas a la biblioteca universitaria porque ésta no podía pagar el impuesto que el Ministerio imponía a las revistas! (Levey, 1993: 9)

4 Muchos de los que están preocupados por el hecho de que al Tercer Mundo sólo lleguen los libros que sobran en el Norte, han sugerido que los programas de donaciones se basen en pedidos. Véase Abid (1992).

5 Una destacada excepción es el programa iniciado por el Instituto Internacional Africano, que a principios de los años noventa lanzó un proyecto con el fin de distribuir 12 publicaciones periódicas africanas, que se seleccionaron después de consultar con editores y bibliotecas de investigación africanas.

6 Los esfuerzos por integrar los sistemas y recursos de las bibliotecas sólo parecen tomarse en serio en Sudáfrica, por ejemplo, el *Western Cape Cooperative Project* y el *Committee on Library Cooperation* en Natal.

7 Por ejemplo, las bibliotecas de Medicina de Zimbabue y Zambia, en colaboración con otros países africanos, producen el *African Index Medicus*, mientras que el Bunda College de agricultura en Malaui ha creado una base de datos bibliográfica de la investigación malaui sobre el maíz.

8 Las editoriales multinacionales pueden ser bastante oportunistas. Por ejemplo, todas cerraron sus negocios en Tanzania durante la crisis financiera de los años ochenta y «volvieron en los años noventa ¡cuando oyeron que el Banco Mundial repartiría 60 millones de dólares entre los que suministrarán materiales educativos!» (Mcharazo, 1995: 245).

9 Para una discusión de estas organizaciones y de sus actividades, véase Zeleza 1994; y las entregas de 1993-95 del *Bellagio Publishing Network Newsletter*, publicadas en nombre de donantes que apoyan las publicaciones africanas; el organismo de APNET, *African Publishing Review* y *The African Book Publishing Record*.

## Bibliografía

AAS y AAAS, *Electronic Networking in Africa: Advancing Science and Technology for Development*, African Academy of Sciences and the American Association for the Advancement of Science, Nairobi, 1992.

Abid, A., «Improving access to scientific literature in developing countries: a Unesco programme review» en *IFLA Journal*, 1992, 18/4, 315-24.

Aina, T. A., «Library Acquisitions of African Books: An Academic Publisher's Viewpoint», ensayo presentado en el Foro Abierto de APNET: Library Acquisition of African Books, Harare, 2 de agosto de 1995.

- Birenbaum, R.**, «Scholarly communication under siege» en *University Affairs*, Association of Universities and Colleges of Canada, agosto-septiembre 1995, 6.
- Buschman, J.**, «A response» en *Progressive Librarian*, 1992, 5, 51-3.
- Clow, D.**, «Aid and development –the context of library-related aid» en *Libri*, 1986, 36/2, 85-97.
- Guyer, J. L.**, *A perspective on African Studies in the United States*, Informe presentado a la Fundación Ford, 1995.
- IFLA**, *Seminar on Information Provision to Rural Communities in Africa*, Uppsala University Library, International Federation of Library Associations and Institutions, 1995.
- Kagan, A.**, «Liberation Technology» en *Progressive Librarian*, 1992, 5, 47-9.
- Lancaster, F.W.**, *Toward Paperless Information System*, Academic, Nueva York, 1978.
- Levey, L.A.**, *Computer and CD-ROM Capability in Sub-Saharan African University and Research Libraries*, American Association for the Advancement of Science, Washington, 1991.
- Levey L.A.**, «CD-ROM costs and implementation issues» en *CD-ROM for African Research Needs*, 1992, 13-22-22.
- Levey, L.A.** (ed.), *A Profile of Research Libraries in Sub-Saharan Africa: Acquisitions, Outreach and Infrastructure*, American Association for the Advancement of Science, Washington, 1993.
- Maack, M.**, «The role of external aid in West African library development» en *Library Quarterly*, 56, 1-16.
- Mcharazo, A.A.S.**, resumen de Arunachalam, S., «Accessing Information Published in the Third World: Should Spreading the Word from the Third World Always be Like Swimming Against the Current?», ensayo presentado en el Workshop on Access to Third World Journals, *The African Book Publishing Record*, 1985, 20/4, pp.245.
- Mchombu, K.J.**, «On the librarianship of poverty» en *Libri*, 1982, 32/3, pp. 241-50.
- Mkandawire, T.**, «Africa's three generations of scholars» en *Codesria Bulletin*, 1995, 3, pp.1-3.
- Newa, J.M.**, «The sustainability of information technology innovations –CD-ROM at the University of Dar es Salaam» en Patrikios, H.A. y Levey, L.A. (eds.).
- Nyariki, L. Y Makotsi, R.**, «Problems of book marketing and distribution in Kenya» en *African Publishing Review*, 1995, 4/2, p.11.
- Olden, A.**, «Sub-Saharan African and the paperless society» en *Journal of the American Society for Information Science*, 1987, 38/4, pp. 298-304.
- Parpart, J.**, «Is Africa a postmodern invention?» en *Issue: A Journal of Opinion*, 1995, 23/1, pp.16-18.
- Patrikios, H.A.**, «Medline in Zimbabwe» en *CD-ROM for African Research Needs*, 1992, 30-7-7.
- Patrikios, H.A. y Levey, L.A.** (eds.), *Survival Strategies in African University Libraries: New Technologies in the Service of Information*, Proceedings from a Workshop, 1993, Universidad de Zimbabue, Harare.
- Roszak, T.**, «Politics of information and the fate of the Earth» en *Progressive Librarian*, 1993, 6/7, pp.3-14.
- Said, E.**, *Culture and imperialism*, Alfred Knopf, Nueva York, 1983.
- Seeley, J.**, «The use of bibliographic databases in African studies» en *African Research and Documentation*, 1986, 41, pp. 7-12.
- Sturges, P. Y Neill, R.**, *The Quiet Struggle: Libraries and Information for Africa*, Mansell, Londres, 1990.

**Tiamiyu, M.A.**, «Sub-Saharan Africa and the paperless society: a comment and a counterpoint» en *Journal of the American Society for Information Science*, 1989, 40/5, pp.325-8.

**Zeleza, P. T.**, «Noma Award Acceptance Speech» en *The African Book Publishing Record*, 1994, 20/4, p.238.

**Zeleza, P. T.** (en preparación), «Trends and inequalities in the production of knowledge on Africa», en preparación en West, M. y Martin, W. (eds.), *Reconstructing the Study and Meaning of Africa*.

**Zell, H. M.**, «Publishing in Africa: the crisis and the challenge» en Owomoyela, O. (ed.), *A History of Twentieth-Century African Literatures*, University of Nebraska Press, Lincoln y Londres, 1993.

---

**Paul Tiyambe Zeleza** es profesor de Historia y Estudios Africanos y Director del Centro para Estudios Africanos de la Universidad de Illinois en Urbana-Champaign.

*Este artículo se publicó por primera vez en Development in Practice, volumen 6, número 4, en 1996.*